

Presencia de la Iglesia

Encontrar el rostro del otro: el camino de la relación

Pbro. Angelo Brusco

En el desarrollo de la pastoral de la salud, la relación humana juega un papel esencial. En efecto, la comunicación del amor divino que sana y salva, encuentra un vehículo eficaz en una relación interpersonal impregnada de cálida humanidad, de comprensión, de respeto, de amor. En el mundo de la salud, de un predominio de las relaciones primarias, familiares, se pasa a una primacía de las relaciones funcionales cada vez más impersonales. El crecimiento en la capacidad relacional no sólo es factor humanizante, sino también permite acompañar a las personas que sufren, ayudándolas a encontrar un sentido a su situación.

Relaciones “personales” y “funcionales”

La pérdida de relaciones interhumanas duraderas y confiables es un fenómeno que se constata con mayor frecuencia. Debido al creciente individualismo, es difícil armonizar los proyectos de realización personales con los de las personas con quienes se comparte la existencia. La soledad se presenta a menudo como la consecuencia dolorosa de semejante estado de cosas. La necesidad de relaciones estables se debilita cuando hay toda una red de servicios que se prestan por petición de organismos anónimos en todos los sectores del vivir. En el mundo del sufrimiento y de la salud, el fenómeno descrito anteriormente se presenta con caracteres todos particulares. La sed de una comunicación personalizada y auténtica choca a menudo con numerosos obstáculos que impiden su realización.

La relación “funcional” es la que preside los cambios de tipo comercial y que se establece ordinariamente en el ejercicio de un servicio profesional. No se ve al otro como persona, sino simplemente como alguien que da o que recibe servicios. Confrontado con los sufrimientos de su cuerpo y la amenaza que la enfermedad causa sobre su futuro y el de su familia, el enfermo pide al profesional de la salud que le enseñe a vivir durante y después del período de enfermedad. El profesional a menudo es incapaz de responder a la petición, porque no está preparado. Refugiándose en la objetividad científica, conserva la distancia de la persona del enfermo, sea para no captar las profundas esperanzas, que a menudo están más allá de los síntomas físicos, sea para no poner atención a sus motivaciones y esperanzas inconscientes. Obrando así, él se manifiesta como un técnico sabio y rehúsa considerar el dolor, la enfermedad y la agonía como realidad de un hombre sufriente y angustiado. En efecto, si el cuerpo es concebido como una máquina, la mirada puede perfectamente convertirse en una “mirada clínica” y el acto de curar, una actividad puramente técnica.

La capacidad relacional

En estos últimos años, ha surgido con fuerza la exigencia de mejorar la competencia relacional de las varias categorías de los profesionales de la salud. Cada vez más se evidencia la importancia de integrar a la intervención técnica una respuesta a las necesidades emotivas de la persona, a través de un diálogo capaz de transmitir atención, comprensión y respeto.

Esto es particularmente válido por parte de los agentes de pastoral de la salud. La aceptación y el respeto se convierten en medios eficaces para ayudar al paciente a crecer en el aprecio de su valor personal, a pesar de la agresión de la enfermedad. En una sociedad que da mucha importancia a la juventud, a la salud, a la eficiencia, una persona enferma puede fácilmente parecer insignificante. Esta actitud de respeto, que pone en primer plano las necesidades del paciente y su libertad, abre el camino a una diferenciación de acercamiento según la medida de la persona. Algunos pacientes prefieren limitarse a una conversación social, otros quieren empeñarse profundamente en resolver los conflictos suscitados por la enfermedad y por la muerte. Junto a quien da mucha importancia a la oración y a los sacramentos, hay quien aprecia más la presencia y el silencio. A través de esta adaptación a las personas, es como se construye y se hace profunda la relación pastoral. Dicha actitud conserva su importancia inclusive cuando el enfermo está inconsciente.

Relación interpersonal y “ágape”

La validez del mensaje evangélico se mide por la capacidad de llenar de amor la relación humana. En efecto, la incapacidad de amar y la incompreensión se identifican como un “evangelio frustrado”.

El amor, del cual se habla, es el *agapé*, el amor hacia el otro por ser hijo de Dios. Don del Señor antes que conquista personal. El *agapé* penetra el corazón que lo acoge y vitaliza las semillas que ya existen de la acogida, de la paciencia, de la comprensión, del perdón, de la fidelidad, de la devoción, de la solidaridad, hasta el amor por el enemigo, por quien está necesitado y devastado en su ser, por quien está lejos y extraviado.

Ella tiene caracteres de incondicionalidad, de gratuidad, de universalidad y de libertad. La práctica del *agapé* supone el abandono de la posesividad, la capacidad de dar sin esperar recompensas, la superación de repugnancias naturales, la apertura y la disponibilidad para con todos.

La caridad, además, en un contexto de frialdad, de acidez, de apartada burocracia, en un clima no familiar y carente de vibraciones psico-físicas, emotivas y sensibles, sería la traición de sí misma.

Un ejemplo significativo del valor de la relación humana en el servicio a los enfermos nos viene de los santos de la caridad. Citamos, por ejemplo, dos textos relativos a la figura de san Camilo de Lellis. El primero es una norma redactada por él: “Cada uno pida gracia al Señor para que le dé un afecto maternal para con su prójimo, y así, poder servirlo con toda caridad tanto del alma como del cuerpo porque deseamos con la gracia

de Dios servir a todos los enfermos con ese afecto que suele dar una madre amorosa a su único hijo enfermo”. El segundo es un testimonio de un contemporáneo: “...Cuando Camilo se colocaba al lado de un enfermo, parecía realmente una gallina sobre sus polluelos, o una madre a la cabecera de su único hijo enfermo. Y como si no bastara el afecto de sus brazos y de sus manos, se le veía encorvado e inclinado sobre el enfermo, como si quisiera con el corazón, el aliento y con el espíritu darle la ayuda que necesitaba. Y antes de retirarse de ese lecho, cien veces iba palpando la almohada, y las cobijas de arriba a abajo, de los lados: y como si fuera retenido, o atraído por un invisible imán, parecía que no encontraba el camino para separarse, muchas veces yendo y volviendo de un lado a otro de la cama, dudando e interrogándolo si estaba bien, si necesitaba algo más, recordándole algo sobre su salud. No sé cómo mejor representar el servicio, o el afecto de una madre muy piadosa al lado de su único hijo gravemente enfermo. Y quien no hubiese conocido al Padre Camilo, jamás habría pensado que iría al Hospital para servir a todos los enfermos, sino para ese sólo como si le fuese muy querido y de grande interés la vida de aquel pobrecito, y como si no hubiese tenido en su vida otro pensamiento”.

Caminar juntos

Entre las imágenes que ilustran la relación pastoral de ayuda, la del *caminar juntos* es quizás una de las más inmediatas y vivas. Ella hace ver que, entre quien ayuda y quien es ayudado, hay una comparación del destino humano que protege de cualquier sentido de superioridad. Acompañador y acompañado, en efecto, recorren el mismo camino -el camino de la vida-, escrutando los signos indicadores de la buena dirección; comparten las mismas ansiedades y esperanzas; descubren las tentaciones del desánimo y de la superficialidad; gustan los momentos de descanso y la conquista de nuevas etapas; identifican los signos de la presencia del Señor.

Cuando se hace de manera apropiada, el *caminar junto* a la persona necesitada de ayuda y deseosa de crecimiento, se vuelve *signo* de la presencia de Dios que acompaña al hombre en todo trecho de su itinerario existencial.

Así, como la práctica de una relación rica de humanidad, expresión del amor mismo de Dios, tiene una función claramente terapéutica; de la misma manera, es tarea del agente de pastoral el educar a los que se mueven en el mundo del sufrimiento y de la salud a vivir relaciones *sanas* y *sanantes*. La literatura que ilustra esta área, habla del agente de pastoral como de un experto en relaciones. Su presencia puede sanar relaciones rotas, desarrollar nuevas, vigorizar las existentes y poner en discusión las impersonales. En el mundo de la salud, su presencia puede facilitar las relaciones de los enfermos con el personal, con la familia, con los otros pacientes, con la comunidad eclesial. En un contexto en donde la colaboración interdisciplinaria se hace a menudo difícil por luchas de poder, él puede colocarse como mediador eficaz de unión.